

## PERFIL HUMANO DE D. CLEMENTE PALENCIA

ESPERANZA PEDRAZA RUIZ  
Numerario

Nació bajo el signo de los poetas, de los Reyes, de los augures y de los sabios. Bien lo sabía él y lo decía con orgullo: "Nací el mismo día que nuestro Rey Alfonso X el Sabio". Rey que vió la luz primera un 23 de noviembre de 1221 en nuestra ciudad en lo que hoy tenemos como Casa de la Cultura.

D. Clemente Palencia también fue en noviembre de 1906, en un pueblecito de nuestra geografía toledana, Lucillos; en la misma casa y quizá en la misma habitación que 82 años más tarde le sorprendería la hermana muerte, tan temida de él a todo lo largo de su vida y que le fue tan piadosa en la madrugada del 24 de abril de este año de 1989.

Como el Rey Sabio no fue polemista ni guerrero.

Le preocupaba su soledad y la muerte. Me decía muchas veces: "¿qué va a pasar cuando yo me ponga malo? ¿por qué hay que enfermar para morir?" Yo le contestaba: "D. Clemente, no necesariamente. Hay muertes repentinas, nosotros los solteros nos moriremos sin molestar a nadie, subiendo una escalera".

¿Quién era D. Clemente Palencia? De niño vino al Seminario de Toledo para cursar los estudios eclesiásticos, donde adquirió una sólida formación humanística. Compañero de D. Anastasio Granados, más tarde obispo de nuestra Diócesis, de D. Angel Salamanca, de Juan de los Reyes, quienes le visitaban asiduamente.

Los avatares bélicos del año 36 le retuvieron en su pueblo natal, y más tarde terminada la guerra civil se licenció en Filosofía y Letras en la Universidad Complutense de Madrid coincidiendo con Carmen Marañón, y otras personalidades de los años 40.

Tiempos heroicos aquellos en que vino a Toledo, terminada su licenciatura, al Instituto de Enseñanza Media, donde enseñó durante toda su vida, a caballo con el Colegio Sádela. ¿Quién pasó por las aulas del Lorenzana que no tuviera como profesor a D. Clemente?

Todavía recuerdo mi examen de ingreso en el Instituto de Enseñanza Media. Yo tenía el nº 51 y la consiguiente emoción de la niña que va a examinarse por primera vez. Eran los temidos exámenes orales; los presidía muy recto D. Juan Suero. Allí estaba D. Clemente Palencia con su sonrisa y su amabilidad haciéndote fácil las temidas preguntas sobre algún rey godo, la capital de una nación, o cómo se las arreglaban las solfcitas abejas en sus colmenas.

No pensaba yo aquel día que aquel profesor joven, tan temido para mí y tan asequible al alumno, sería —con el correr de los años—, la persona que por razones de trabajo, conviviría conmigo día a día casi 25 años, siendo su continuadora en su labor docente, archivística, académica y de investigación. Para mí sería en todo *El Maestro*.

A la muerte de D. Francisco de Borja de San Román obtuvo por oposición la plaza vacante de Archivero Municipal. Sus conocimientos paleográficos vinieron a sumarse a la base humanística que unida a sus dotes oratorias hicieron de él el hombre culto, de palabra amena, cuya erudición en temas históricos y humanísticos le consagraron como el orador eximio.

Investigador, poeta, profesor, Académico, historiador, no hubo acto cultural donde no interviniese, ni personaje a quien no acompañase como experto cicerone, ni festejo que no cantase, ni conmemoración que no glosara en su condición de Cronista oficial de la Ciudad.

Era lo que hoy llamaríamos: una Institución Toledana.

Su personalidad, única en Toledo, le hizo conocer a grandes hombres y ser testigo de fechas memorables, Cencillo de Pineda, Acaña Uceta, D. Ramón Carande, con quien colabora en la publicación de "Ceca y Banca en Toledo". D. Carlos Romero de Lecea fue gran amigo, y le vi, no pocas veces, con él en el Archivo del Ayuntamiento para concretar la publicación en "Joyas Bibliográficas" de la obra "Reales Privilegios de Toledo". Su estudio sobre "La Santa Hermandad", "El Corregidor Manrique", con cuyo discurso inició su andadura como Numerario de esta R. Academia, o el folleto para niños sobre Isabel de Castilla escrito en 1946.

Muy agudo en el decir, con intuición profunda exenta de toda ironía. Siempre la palabra amable, la frase halagadora preñada de poesía, exaltando todo valor positivo, que a veces rayaba en la exageración,

pero que a todos nos hacía felices.

Recuerdo el día que encontró por la calle a Eduarda Moro; había muerto Gabriela Mistral ¡"Se nos ha muerto Gabriela Mistral -dijo- pero nos quedas tú, Eduarda"!

O aquel otro día en la Puebla de Montalbán en que tributábamos un homenaje a Rafael Fernández Pombo. La afluencia de amigos y conferenciantes que se sucedían era tan grande que el acto se prolongaba. Cuando le tocó el turno a D. Clemente, rayando ya la media noche, con la gracia y la agudeza que le caracterizaba empezó su intervención diciendo: "Este homenaje que va a durar 3 días pues empezamos ayer, continuamos hoy y vamos a terminar mañana... Ingeniosa salida que provocó la risa y el aplauso general de toda la sala.

Pero D. Clemente Palencia era sobre todo el hombre bueno.

El alumno le suplicaba y siempre cedía.

Al pobre, le prestaba su ayuda y su dinero. A él acudía el necesitado de influencia, a quien solícito siempre atendía.

A cambio de pequeñas prestaciones tendría que contraer compromisos con autoridades y amigos, en proporción desmedida.

Paisanos y conocidos surgían por doquier para que le perdonaran la infracción cometida como cazador furtivo, la multa impagada, el hijo que sacaba de la cárcel, la recomendación en exámenes, el puesto de trabajo y hasta la receta del médico o la partida de nacimiento que, pacientemente, recogía en el juzgado.

Nunca se negaba a la petición de los demás y si intentaba hacerlo, seguíamos confiando en él, seguros del éxito.

Recuerdo, al hilo de esta cuestión, una anécdota que por graciosa no me resisto a contar.

Eran los tiempos de estraperlo. La tía Puchera, una mujer de Villacañas, fea y bigotuda, vestida de aparejo redondo y pañuelo negro a la cabeza, que presumía de ser prima, llegó al Archivo: quería que perdonaran a su marido una multa por una infracción cometida.

D. Clemente que la vio llegar se escondió para no recibirla. Yo la dije que no estaba; a lo largo de la mañana volvió varias veces, pero al suponer la treta me dijo, con la socarronería de los buenos manchegos: Pues yo hija, aquí le espero, y remangándose las faldas se sentó en el suelo, justo en la puerta por donde tenía que pasar.

El final se lo pueden ustedes suponer. Se fue a hablar al gobernador y se acabó la multa.

A veces amigos y deudores le jugaban malas pasadas que él sufría calladamente.

Poco amigo de viajes ni de festejos, de una austeridad casi espartana, alternaba su vida entre Toledo, sus alumnos, sus clases, su pueblo y Cardiel, una finca cercana al río donde se hizo una pequeña casita refugio de sus ocios y a la que invitaba algún día festivo a sus compañeros de Instituto.

Lo que más le gustaba eran las flores; en Cardiel y en su huerto de Lucillos cultivaba crisantemos, dalias, siemprevivas, y alhelíes.

Y un piano que tocaba poco y mal pero que a él le complacía tremendamente que le escuchásemos para ver los progresos que hacía en unas mal acordadas notas de la "comparsita" o en las primeras lecciones del método de Aranguren.

Toledo reconoció su labor y le nombró "Hijo Adoptivo". Talavera se enorgullecía de su cotarráneo nombrándole "Hijo Predilecto" y le dedicó un colegio que hoy lleva su nombre.

La Academia en esta sesión necrológica y yo, como su más directa colaboradora, queremos hacer patente en ese acto nuestro reconocimiento y nuestra gratitud.